

«POR SI VUELVEN»

[Fabio Angelli - <http://elmonstruosinvoz.blogspot.com.es/>]

Todos esos momentos se perderán en el tiempo,
como lágrimas en la lluvia.

Blade Runner de R.Scott

1

Ya llevaba tiempo hablando seguido y él tenía la sensación de que no tomaba aire siquiera. Estaba absorta en su parrafada, tirando para adelante, movía los labios según la forma de las palabras y sonreía, como si detrás de ese efluvio constante de sonidos, ella estuviese contenta de verdad. Él también se sentía alegre. Estaba a gusto con ella, aunque no le importaría participar algo más, ser más activo en la conversación, pero así tampoco había razones para quejarse. Culpa de la cerveza; habían echado al cuerpo ya unas cuantas y ella tenía una de esos borracheras de chácharas. Él no quería fastidiarla con un gesto inoportuno o quizás maleducado, así ella conversaba sola, sonriendo desde detrás de su discurso mientras él sonreía de reflejo.

El único inconveniente era que él tenía que ir al baño. Todo lo que entra, tarde o temprano, tiene que salir. Sentía tener que interrumpirla y estaba pensando cómo y cuándo hacerlo. *¿Ahora? ¿Y si le parece mal?*

Sabía que sin alcohol no se lo plantearía siquiera y que es por lo menos inverosímil que se ofenda, sin embargo decidió resistir un poco más, paciente, aguantando y moviéndose sobre la banqueta del bar, agarrado a la esperanza de una pausa, de un cambio de tema, de un momento muerto. Ella sonreía y venga palabras, él se retorció, con el vaso aún medio lleno, insultante de un líquido amarillento que a cada segundo se parecía más a un sueño irrealizable de vaciamiento de vejiga. Luego cedió. En la cara una expresión de melancolía absoluta mientras le roza un hombro. Un pie ya en suelo.

– Perdona pero tengo que interrumpirte.

Tenso, dos pies en el suelo y el peso de un botijo lleno en el vientre. Alivio quizás; la alegría de la espera, frágil gozo de un bien futuro y ya visible.

– No te preocupes. Perdona, estoy hablando demasiado.

Culpabilidad, dolor bajo, piernas tensas, y sin embargo sonrisa: –Sólo será un

segundo.

Sí, la verdad es que es una chica de lo más agradable. Desaparece la paranoia, mientras las piernas cumplen el milagro del movimiento en dirección del aseo. Es simpática, comprensiva. Pocos segundos, los necesarios entre banqueta, suelo y servicios. El andar es rígido, sospecha tener mil ojos observándole, las piernas simulan una agilidad que no se pueden permitir. Mientras el retrete se acerca. Que esté ocupado no cabe entre las posibilidades. Los lavabos de caballeros están exentos de colas de espera. El hecho de tener por lo menos un váter con puerta y un par de meaderos de pared, sin contar que la mayor parte de los usuarios no conoce el uso del lavabo y del correspondiente grifo, garantiza el rápido intercambio de personas. Cero colas. Empuja la puerta y se acerca a la cerámica blanca pegada a la pared, completa de pastilla aromática de color azul, dos dedos ya sobre a cremallera del pantalón y delicados calambres a lo largo de las piernas. Nota cierta presión en la pelvis, los últimos centímetros son al ralentí, el aire parece tener un tacto distinto, la frente se cubre de gotas de sudor. Quizá es mejor el aseo con váter y puerta. *Aguantar un segundo más*. Cuatro pasos con las piernas tensas y está dentro. En el rostro una expresión de triunfo mixto a dolor. Pasa el cerrojo que le preserva de intrusiones en el más delicado de los momentos. Una fracción de existencia para preguntarse si no sería mejor hacerlo sentado, cuerpo relajado y sin riesgo de salpicaduras, mas está en un aseo público, con la tapa constelada de gotas ajenas y sin tener o tiempo para cubrir con papel higiénico.

Y ahí estaba, por fin, vaciándose de lo que parecía no tener fin. Todo a su alrededor desvaneció, se diluyó también la consciencia de sí, mientras necesidad y placer se fundían en la idea abstracta de lugar y momento adecuados, como el disfrute del pecado durante la absolución. El cuerpo se relaja, las urgencias se evaporan y vuelven a ordenarse las prioridades. Abre los ojos y comprueba la mira. Los cierra de nuevo y sonríe, como se fuese la última cosa que hace.

A veces, cuando estás intentando echar la siesta, en cama, con el móvil apagado y el pijama puesto, pasa algo molesto, un vecino colgando un cuadro, la alarma de un coche, una obra en la calle, algo. Haces lo que puedes para no oírlo, concentrándote en el cansancio, en tu respiración, en el poco tiempo que tienes para dormir antes de que la vida siga. De repente el ruido para y el silencio se hace irreal, más profundo. Esa calma te despierta, como se un vacío súbito te chupara fuera de tu sueño. Abres los ojos con asombro y ya es imposible dormir, en esa nueva tremenda tranquilidad.

Así fue, mientras meaba, con los ojos bajos, concentrado en lo que hacía: de repente, *chas*, silencio. Le entró una curiosidad convulsa, incontrolable, un deseo de salir de allí y volver a lo de antes. Sacude, coloca, sube la cremallera. Las manos debajo del agua, coge papel, frota, tira la pelota buscando la papelera pero encuentra el borde, se agacha, recoge, comprueba la canasta, se mira en el espejo con una sonrisa psicópata: sin restos de aceitunas entre los dientes. Bien. Fuera.

La tranquilidad en la que se topó era aún peor de la que sentía antes.

Ni sonidos. Ni gente. La chica con la que estaba hablando se había marchado dejando su cerveza a medio acabar, la espuma en el borde del vaso ya se había secado. Detrás del mostrador nadie, nadie en las mesas. ¿Dónde se habrá metido todo el mundo?

Su cerebro inventó una excusa, una causa cualquiera y creíble para aquel misterio. Seguro que los demás clientes marcharon justo mientras estaba en el baño, seguro que sí. Tampoco sabría decir con certeza si había alguien. Venga, alguien habría, quizás una pareja, quizás un hombre de barba con un periódico, quizá un par de chicas con alguna clase de instrumento musical en el suelo al lado de la mesa. Claro, lo que pasó es que coincidió así, que justo se han marchado mientras él no estaba y el tío detrás de la barra había aprovechado la coyuntura para ir al almacén o algo por el estilo. Pero ¿ella? Seguramente ella también tuvo la necesidad de ausentarse un instante. Lo correcto era sentarse y aguardar a que ella volviese del servicio para acabar su cerveza.

Sí, sí, eso habría que hacer. Pero el aire tenía un peso insólito.

Vigila la puerta del baño. Nada, no se abre. Se acerca a la mesa para coger su vaso. Acaba la cerveza y queda de pie. Las manos dibujan su nerviosismo en un ritmo

sincopado con alma latina sobre la madera barnizada del mostrador. El camarero estará a punto de aparecer y él le pedirá otra birra y la cuenta. Pero no llega, ni él, ni ella, ni nadie más. ¿Le habrá pasado algo en el baño? ¿Se habrá encontrado mal? Se acerca a la puerta y llama. *¿Estás bien?* Silencio. La bisagra chirría y la puerta se abre contra la oscuridad del servicio. La mano acaricia la pared y encuentra el interruptor. Luz. Vacío. El váter, el lavabo, la escobilla, la cisterna blanca sin quemaduras de colilla en la parte superior, secador de aire y vacío. Se da la vuelta de cara al bar, da un paso. Luego se detiene, apaga la luz y vuelve a su mesa.

No entiende. ¿Qué habrá pasado? Mira a su alrededor como para encontrar una solución gravada en las paredes. El bolsillo y allí el móvil. Desbloquea, busca en la agenda, encuentra y le da al verde. Suena. También el bolso de ella encima de la mesa. Buen intento.

Nervioso, claro, no le habrá ocurrido nada raro, pero tampoco es normal, desaparecer así, sin más. ¿Y los demás? El camarero sigue sin volver. Se acerca a la mesa y coge el vaso de ella, como para sentirse más adecuado al contexto, al paisaje, para ocultar la incertidumbre mientras pone cara de aquí no pasa nada, de todo es como siempre, por si acaso, por si es una broma de las que se ven en la tele, en las que uno pasa por imbécil delante de una cámara y después te dicen que todo era mentira, y aún por encima te toca reír, incluso si te parece una estupidez y estás enfadado, porque es una broma y si no te ríes quedas como un idiota. Nadie entra en el bar, nadie aparece. ¿Marchar? ¿Sin pagar? ¿Y el bolso de ella? Esperar un poco más le parece la opción más correcta. Vete tú a saber, igual tuvo que salir corriendo por algo importante y no pudo aguardar para avisarle. Tal vez él había tardado un montón en el aseo. Vete tú a saber.

El vaso de ella está vacío y tal vez se atreva, por qué no: desde su lado de la barra pone el vaso debajo del grifo de cerveza y empuja la palanca con la mirada móvil alrededor. Nadie. Vaso lleno, un dedo de espuma. Hecho. Si vuelve el camarero y mira raro siempre podrá explicar, pasar por maleducado, incluso por bebedor compulsivo, pero no como un ladrón, la pagaría, claro. Bebe. Sonríe pensando en que podría también buscar unas patatas fritas pero mejor no, a tanto no llega. Acaba esa y se sirve la siguiente, ya no está preocupado ni piensa en las cámaras, quizás está algo aburrido, molesto, abandonado, solo.

Pues decidido: echa el último trago, pone el vaso encima del mostrador y está a punto de dejar un billete, pero después decide que no, que qué más da, que pague ella, que ya está bien y que había pasado por el menos hora y media y a tomar por ahí. Fuera, fuera. Ni dejar dinero, ni tomar otra, ni aguardar un instante más. Media vuelta, un paso

tras otro, hasta el aire, hasta el espacio que ya no es bar, hasta lo que es fuera, que ya está bien.

Cruza la calle sin mirar como para tomar una distancia simbólica con lo que acaba de dejar atrás. Cruza y luego piensa que ha tenido suerte al no quedar espachurrado por algún coche. Pero, ¿dónde están los coches? Los hay parados, sí claro, pero, ¿y los demás? Los conducidos, encendidos, en movimiento? ¿Dónde está todo el mundo?

4

La bromita había que admitir que estaba organizada con todo detalle, muy creíble, sí señor. Un montón de extras, mujeres, hombres, niños, viejos pagados por no salir de casa, extras ausentes para una broma de las más absurdas.

En las calles sólo estaba él, caminando con calma en el más profundo asombro. De vez en cuando cogía el móvil del bolsillo y la llamaba. Al marchar había dejado el bolso detrás del mostrador, seguro que ella se lo pediría al tipo de la barra. No sabía qué decirle, si pedir disculpas por dejarla sola en el bar, si debería estar enfadado o simplemente preocupado, cuando ella le cogiese la llamada, pero hasta aquel momento no se había dado el caso.

Llegó a un parque y se sentó en un banco midiendo el tiempo en el cansancio de las piernas, sin saber si era suficiente o ya demasiado. Volvió a enfadarse un poco y se sentó con más ganas, que llame ella si quiere, jolín.

Mientras tanto, nadie a la vista.

Al cabo de un rato decidió que el juego empezaba a hacérsele pesado y los extras también tendrían que estar hartos de tanto esconderse por uno que no es nadie. Mucha pasta tienen que aflojar los de la tele para que tanta gente no se mueva de sus casas en tanto tiempo. ¿Merecerá la pena? ¿Compensará invertir tanto para gastar una broma de las que echan en las pantallas de los aviones? Pero espera, hombre, ¿y las cámaras? ¿Dónde estarán ahora? ¿Cuántas serán? Al salir del bar no pensó adónde iba, simplemente se marchó, caminó. ¿Tendrán cámaras en cada una de las calles de alrededor del bar en un radio de kilómetros para asegurarse de que conseguirían grabarlo todo, cualquiera que fuese su dirección al salir de la maldita tasca aquella? Quizás las había en los sitios más probables, tal vez en un par de calles o sólo delante de la puerta del bar, porque seguro que no iban a imaginar que él iba a dejarlo todo allí, a ella, al bolso y al fétido barucho ese. O sí... Igual llevan meses estudiándole y él, sin percatarse, pasa

seguido por los mismos lugares, hace el mismo recorrido todos los días. Piensa en eso y lucha para aguantar un escalofrío. Mira a su alrededor y no le suena el sitio, así que tiene que ser nuevo, algo que las piernas han escogido al azar, y no algo grabado y prefijado en su mente. Enhorabuena a él y a su capacidad para la improvisación. ¡Sí señor! Seguro que ya se había alejado de las cámaras y que el juego está a punto de terminar. Lo ha hecho bien, no puso cara de tonto en el bar y ahora ya está lejos del último punto vigilado por los ojos digitales del juego en el que lo han metido, claro que sí.

Luego se dio cuenta: perro y gatos. No había. Incluso admitiendo la historia del ejército de extras que no tenían nada mejor que hacer que estar a las órdenes de los de la tele para organizarle bromas a él; aún digiriendo la idea de que hubo que pagarle un plus a los dueños de los perros para que los encerrasen en casa en cuartos interiores, para que no se oyesen, ¿cómo iban a controlar los animales sin dueño? Los gatos que comen en platos de papel de aluminio en las esquinas de los barrios, los que miran con sospecha a los que pasan cerca de sus comidas regaladas por viejecitas demasiado solas? ¿Qué habían hecho con los gatos? Aquello pintaba mal. Muy mal.

Se notó de repente la mar de cansado y se tumbó. Quedó dormido en el banco y cuando despertó ya empezaba a anochecer. Se incorporó y a su alrededor seguía sin haber nadie.

¿Dónde estará todo el mundo?

Cogió el móvil y llamó sin muchas esperanzas. Aún así aguardó un buen rato antes de colgar. Después marcó otro número y otro más. Nada. Marcó el de amigos y parientes que vivían fuera de la ciudad con las manos que le temblaban cada vez más. Apagados o aparentemente sin nadie que tuviese intención de hablar con él. La batería escaseaba y no tenía ganas de ir a casa para seguir intentándolo con el fijo. Apagó el móvil y se puso de pie; de momento pasear un poco más pareció lo adecuado, lo demás era cosa de después. ¿Se puede inmovilizar una ciudad entera para organizar algo así? Seguía sin ver autobuses, ni taxi, ni una condenada persona.

Por la noche llegó a casa y conectó el teléfono al cargador sin encenderlo: no quería hablar con nadie. ¿Han desaparecido? Él también sabía hacerlo: iba a jugar ese puñetero juego. Cenó algo y se fue a la cama. Mañana ya sería otra cosa.

Tardó en quedar dormido y no soñó.

Se despertó de forma natural con la claridad invadiéndolo todo. Fue a la cocina y abrió el frigorífico, cogió el cartón de zumo de naranja y, al recordar las ausencias del día anterior y las que presentía para el día que lo esperaba, bebió a morros en doméstica rebelión. Volvió a la habitación, encendió el teléfono y fue al cuarto de baño con los oídos alerta por si llegaba algún mensaje. Abrió el grifo, frotó las manos y se miró en el espejo. Notó aburrimiento, tranquilidad. ¿Salir? ¿Quedar en casa? De momento café, ducha, quizás masturbación, ropa, luego quién sabe. Seguro que no iría al trabajo, ya había aprendido a desaparecer como los demás. Pues sí –sonrió–, decidido, no iba a masturbarse para no estropear el diminuto triunfo que acababa de colgarse del pecho como una medalla de latón.

Daría un paseo. Salió dejando el móvil en la habitación. Todo seguía igual, un teatro sin personajes ni guión: no sabía bien qué hacer pero estaba seguro de que iba a intentar pasarlo bien, aprovechar la situación, la ocasión que se le brindaba, jugar ese juego, a ver qué pasa. Cuando vuelvan, volverán, pero ahora era ahora, insólito e irrepetible. Aprovechar.

Delante del portal, un bar abierto: buena idea. Entró cómodo: si miraban que no pensasen que entraba como un ladrón, sino como quien ya ha entendido las reglas. Cogió una tableta de chocolate de un estante y la comió apoyado de espalda al acero de la barra, mirando a la calle. Luego cruzó otra vez el espacio del bar, hacia la puerta; tenía un pie fuera y se giró –¡Hasta luego!

Soltó una breve carcajada e se vio hacerlo en el reflejo de un escaparate; detrás del cristal la luz estaba apagada y no había nadie, pero no le pareció el momento adecuado para pensar en esas cosas, para formular problemas y encontrar soluciones. Siguió paseando por el barrio durante casi una hora y no vio a nadie, ni gente por las calles, ni asomada a las ventanas, ni en los comercios. Empezaba a aburrirse de todo aquello, mas siguió andando.

Había un autobús en el medio de una parada, con la puerta delantera regularmente abierta a la espera de que alguien hiciese el santo favor de aparecer y subirse en él. Se asomó para mirar dentro y ver lo que ya sabía que iba a ver, nada, o sea, nadie. Probó el asiento del conductor; no lo imaginaba tan cómodo, la verdad, pero claro, con la de horas que echa esa gente conduciendo esos mastodontes, como para que encima sean incómodos. Pensó en encenderlo, mas desechó la idea, ya que él no sabía gobernar un bicho tan grande y de hacer algún daño, seguro que se lo cargarían en la cuenta, que lo

tendría que pagar al acabar la broma esa.

Salió y volvió a lo suyo, andar.

Fueron horas sin apenas descanso, aprovechando la perspectiva inusual de una ciudad vacía, sin ruidos y se dio cuenta de lo grande que parecía así. Meditó sobre el paisaje, la idea, la esencia misma de paisaje. Nunca había reflexionado detenidamente sobre eso y si se lo preguntaran seguramente contestaría que el paisaje son los montes y los prados; luego de insistir un poco quizás podría llegar a la conclusión de que la definición podría incluir también los edificios y demás construcciones, ya que, sí, es cierto, también hay paisajes urbanos. Pero nunca, nunca, tres veces nunca hubiera dicho que en el paisaje también estaban las personas. Él pensaba que no, pero ahora, al no estar, la verdad es que el mundo que conocía le parecía cambiado, distinto, modificado... raro, vamos. *Así que la gente también es paisaje, vaya.* Como una casa que suena distinta al mover los muebles. Ahora nada parecía igual a lo que había visto antes, todo nuevo sin cambiar nada. Y qué grande parecía. Incluso sus zapatos eran más ruidosos, *anda, qué curioso.* Gritó algo, no tanto para comprobar si alguien le oía, sino para escucharse a si mismo envuelto en aquel silencio novedoso. El sonido de su voz se fue un par de calles más adelante y luego volvió trayendo consigo poco más que eco. La soledad le embistió en el medio de la calle y él decidió apartarse; se subió a la acera y sintió algo en la base del estómago que confundió con el hambre.

Entró en una cafetería y preparó una mesa para uno. Encontró unas cuantas empanadillas e hincó el diente: eran duras del día anterior pero prefirió no ponerse fino. Llevó una mesa para fuera y dejó allí las empanadillas, luego fue a la cocina en donde encontró de todo, y se decantó por algo que no necesitara preparación y fue directo a la máquina de cortar fiambres que estaba cargada con un salchichón con una pinta excelente. En el suelo estaba el saco del pan, uno de esos sacos enormes que salen directamente de las panaderías para las instalaciones hosteleras. El pan también resultó un poco reseco. Cortó un bollo a la mitad y luego encendió la máquina de cortar. Casi listo. Volvió a la barra, escogió un vaso y un par de botellas de cerveza. La comida estaba servida. ¿Querían que estuviese solo? Perfecto, él era quien de apañarse sin ningún problema, y si no sólo había que ver su cara de felicidad contemplando a ciudad silenciosa como el más hermoso de los paisajes.

Durante las primeras dos semanas volvió a casa para dormir. La tele tenía la pantalla en blanco pero él la encendía igual: le hacía algo de compañía. El único problema era ese, no soportaba de todo la soledad por las noches. Lo demás funcionaba bien y él ya se había acostumbrado a todo, a levantarse con la luz del sol, a comer cuando tenía hambre y a acostarse al llegar el sueño. Incluso las siestas le sentaban fenomenal en los parques o en los sofás de la tienda de muebles. Comía donde le apetecía ya que en la ciudad no faltaban bares o restaurantes. El pan fue un lujo al que tuvo que renunciar casi desde el principio: excepto alguna panadería en las que todavía se elaboraba el pan de toda a vida, que queda comestible durante mucho tiempo, lo más normal era que las barras de pan que ahora conseguía encontrar eran armas letales, sí ya, pero ¿para matar a quién? Para todo lo demás estaba servido, gracias a las pequeñas tiendas de barrio, a los mesones, a los restaurantes y por supuesto a los supermercados, cuatro sólo en su zona, que tenían todo lo que el último hombre sobre la faz de la tierra puede desear.

Pero en casa, por la noche, la cosa era distinta. Necesitaba a alguien para hablar, para contarle lo que hacía, comía, bebía, pensaba. Sus padres ya habían muerto hacía años y no tenía hermanos, así que no hubo problemas a la hora de pelear para repartirse el piso y la melancolía. Tampoco tenía novia, porque no se podía considerar una relación estable la que compartía con aquella chica con la que estaba en el bar hace ya... ¿cuánto?, antes de que todo eso empezara y con la que conseguía acostarse en días de suerte, cuando salían y luego ella se dejaba convencer a subir al piso que por razones puramente económicas, compartía con Óscar.

Óscar era un tipo normal, no hablaba mucho ni callaba demasiado, compartía las tareas de casa, cocinaba bastante bien y pagaba puntualmente el alquiler. Más allá de eso y de tres o cuatro otras chorradas, no sabía nada de él y ahora le echaba de menos. Sobre todo por las noches, delante de la tele en blanco, cuando imaginaba conversaciones relajadas con en mano una cerveza templada acabada de comprar, mientras las demás buscaban el frío de la nevera. ¿Qué le diría Óscar? Ahora le parecía triste no haber hablado lo suficiente con él. Y así, atrapado en recuerdos sin salida, bebía, cantando de vez en cuando algo, sentado en el sofá o de pie, cantaba las canciones que sabía de memoria incluso en inglés, haciendo trampa con las letras. Bebía duro, bebía demasiado y al día siguiente se levantaba con algo de resaca y de culpabilidad, por beber y por echar en falta a Óscar.

Lo que sí echaba de menos era la carne fresca. Durante la primera semana se sirvió ternera en la carnicería del súper y fue corriendo cara al piso como un ladrón. Era lo mismo que coger latas o empanadillas del mostrador, decía a si mismo, pero al principio le parecía más honrado coger algo de los estantes como siempre, como un cliente; así que la primera vez que se puso detrás del mostrador de la carnicería y cogió uno de esos enormes cuchillos se sintió mal. Pero al final el bisté le supo a gloria y al primer acto siguieron otros. Fue cuando se quiso dar cuenta de la importancia de dejar la comida en lata o los botes para más adelante, ya que había que aprovechar el fresco antes de que se echase a perder. Además si aquello era el fin del mundo, tampoco iban a ser eternos la luz eléctrica y el gas doméstico para cocinar, exactamente como ya había ocurrido con los programas de la tele.

Con la costumbre, la vergüenza desaparece y lo que parecía algo profundamente ilícito al principio, pasó a ser lo más normal del mundo; hasta organizó un glorioso churrasco delante del ayuntamiento, donde llevó algún *palet* abandonado y le prendió fuego mientras descorchaba la primera de las botellas de vino que había elegido cuidadosamente en la tienda de licores unas calles más allá. Luego pasó la tarde durmiendo acostado en un banco del parque a la espera de que le bajase el alcohol de los dos reservas que se había metido en el cuerpo. Quedó dormido preguntándose qué le dirían los guardias municipales viéndolo así: lo último que hizo antes de quedar inconsciente fue encogerse de hombros.

Pero todo eso ya es historia; han pasado varios meses desde que se ha quedado solo. Quizás le hablaba demasiado al aire, pero por lo demás vivía fenomenal. Hacía todo lo que le pasaba por la cabeza y hasta se atrevió a conducir un autobús. Empezó dando vueltas al azar, pero luego decidió seguir el recorrido entero: iba a la parada en la que se encontraba el vehículo y estudiaba el mapa de la marquesina. Tardaba siempre un buen rato, porque las paradas eran muchas y quería estar absolutamente seguro de lo que hacía, sin olvidarse de nada, de ninguna parada; si iba a ser conductor, iba a hacerlo bien, dando el servicio debido a todos los ciudadanos y ciudadanas, nadie excluido.

Así montaba en aquel bicho y recorría toda a ciudad, parando donde debía, abriendo y cerrando las puertas y dando algo de conversación a los mayores y a los pesados que se pegan al conductor y no tienen nada mejor que hacer que darle palique. Otras veces se sentía con derecho a hacer algo para sí solo y cogía un autobús pequeño y conducía hasta la playa. Le gustaba dejar la ropa en el autobús, luego correr desnudo

hacia el agua y bañarse a gusto, nadar y tomar el sol en la arena. Luego volvía para el centro.

Alguna vez le dio por coger coches particulares. Lo más cómodo era ir en autobús hasta los aparcamientos de vehículos en alquiler cerca del aeropuerto y allí cogía uno cualquiera con las llaves aún en el cuadro. Luego tuvo que buscar los que estaban aparcados calle abajo para ponerlos en marcha con la segunda ya que el tiempo de inutilización pudo con la baterías de casi todos los vehículos. Un día quiso tener un accidente, sólo por probar, y se estrelló contra la pared de un edificio a 30 kilómetros por hora. Tenía el cinturón puesto y el *airbag* saltó puntual, pero de todos los modos fue un buen golpe. Se preguntó qué pensarán los que tienen accidentes en autopista a mil por hora, justo antes de chocar, antes de que el error o el despiste o la irresponsabilidad les perfore el existir. Pensó también en coger un día una moto pero tuvo miedo a caer y lastimarse justo en el momento de su vida en el que no había nadie para socorrerlo, ni mucho menos médicos que le pudiesen volver a colocar los huesos.

Vaya faena estar solo.

8

La posibilidad de tener un accidente lo asustaba y optó por olvidarse de los coches durante un tiempo. Fue entonces cuando decidió ser muchas cosas, muchas personas. Como no tenía nada que perder, se atrevió a hacerse trabajador, imitador del trabajo, por así decirlo. Ocurrió un día, porque todo tiene un principio, al entrar en un súper para hacer la compra; pasó delante de la caja vacía y ahí tuvo la inspiración. Iba a ser cajero.

Dejó a compra en la cinta transportadora y se sentó al otro lado, se saludó educadamente y empezó a pasar la mercancía por delante del lector de códigos de barras; imitaba el *plip* de la máquina con un chasquido de los labios y apuntaba en un papel los precios que le parecían justos por lo que había comprado, hizo el total, pidió el importe correspondiente, cobró y quedó a la espera de otro cliente. Como no llegaba nadie miró para la calle a través del cristal del escaparate y empezó a tararear hasta que le entró hambre, y abrió una lata de conserva que acababa de comprar-vender y se dio a comer. Eso no le iba a gustar al encargado, que como es obvio llegó enseguida para echarle una buena reprimenda. Se levantó y se riñó como es debido: pese a tener razón perdió la compostura y los modales. No se gustó para nada, era una responsabilidad que sacaba lo peor de él y resolvió dejar ambos trabajos. Al salir del súper tenía el estómago

lleno y el espíritu más ligero.

Al día siguiente fue en búsqueda de otro empleo y, al no tener idea de lo que le gustaría hacer, hizo lo primero que encontró: entró en una barbería y se afeitó. Cogió la brocha y se extendió la espuma por las mejillas, luego se pasó con esmero una navaja. Salió satisfecho, aunque con un par de cortes de inexperiencia: de tener suelto se dejaba propina.

Volvió al día siguiente para el corte de pelo. Fue más difícil pero más entretenido. Se dijo *hasta mañana* y en efecto el día después retornó y a los siguientes más para cuidar la perilla que, según el barbero, lo hacía más interesante. Volvió todos los días durante un mes aguardando el momento para cortar el pelo otra vez. Quería un corte distinto esta vez, pero al cabo de ese tiempo renunció al corte que quería, cogió las tijeras a desgana y cortó sin sonreír, a prisa. Luego salió sin despedirse.

Fue también funcionario en el ayuntamiento. Subió hasta la segunda planta y entró en su despacho; no se había preocupado en mirar qué tipo de despacho fuese o qué era lo que tenía que hacer, sólo sabía que quería uno de los que tienen la ventanilla de cristal con un hueco redondo para hablar con la gente. Quedaba allí ocho horas al día sin hablar con nadie, montando castillos con los vasos de plástico para el café que encontraba en la papelería y convirtiéndose en un experto en papiroflexia con las hojas blancas de los cajones de su mesa; luego les ponía un sello redondo con el escudo del ayuntamiento y un garabato que imitaba –bastante bien, decía– la firma de un compañero, para repartir responsabilidades. Al rematar el zoo de origami decidió que era hora de jubilarse.

Siguió así durante un año: fue guardia de tráfico bajo el sol y la lluvia, dependiente de un bar aguantando a los borrachos de última hora, obrero en la calle y viejo mirando, jubilado en el parque, ciego de la ONCE, enfermero en el turno de noche, músico callejero, enamorado expectante y cotilla de barrio –uno debajo y el otro encima del mismo balcón–, barrendero cantarín, celador en el hospital, maestro en un cole privado y bibliotecario de la biblioteca municipal.

Durante la época como bibliotecario fue cuando tuvo la experiencia que, sin que él se diese cuenta, acabaría marcando de forma decisiva su vida. Él no se consideraba un buen lector y tampoco fue nunca un lector constante. Había leído mucho y de todo en algunas épocas de su vida, incluso le había coincidido acercarse a los clásicos. Pero la lectura nunca fue parte estructural de su existencia. Nunca sufrió una crisis de abstinencia en las largas etapas en las que no tuvo ocasión de arrimarse a las palabras impresas. Se consideraba un lector normal de libros normales, de libros aconsejados-por-amigos de los

que se arrepentía después de pocas páginas, de libros más-vendidos, de libros por así decirlo *retroactivos* después-de-que-saliese-la-peli.

Ahora, la entrada vacía de la biblioteca le inspiraba cierto respeto. Entró algo asustado ya que toda novedad implica siempre un riesgo pero estaba contento y tenía ganas de aprender. Miró para el mostrador de madera cubierto por el polvo y para las tres sillas detrás de él, observó los sellos, las fichas, el archivador y los ordenadores, vio también una plastificadora para las tarjetas de préstamo y sintió pena por no tener electricidad y verla funcionar. El edificio tenía dos plantas, en la de abajo estaban el mostrador para el préstamo, los aseos, unas mesas para la consulta y el estudio, unos ordenadores a disposición de los usuarios para las búsquedas en los fondos de la biblioteca y, como es natural, libros, muchos libros, repartidos en estantes metálicos según la tipología; en aquella planta sobre todo literatura, entre narrativa y poesía, nacional e incluso extranjera y en idioma original. también encontró textos de historia, religión, filosofía y hasta algún manual de auto-ayuda que fingió no ver. En la planta de arriba, una pared de cristal separaba la sección de la biblioteca dedicada a los textos técnico y científicos de la hemeroteca, que era como una biblioteca autónoma, independiente, con mostrador, ordenadores para las búsquedas y mesas. Sólo faltaban los aseos, así que la independencia de esa sección se reducía a las cuestiones académicas, mientras que para lo trivial somos todos iguales. Se tomó un minuto para deliberar y rápidamente comprendió que lo suyo era ser bibliotecario “normal”, de biblioteca de libros, que eso de ir a la biblioteca para leer una revista le parecía un poco cutre, la verdad. Bajó y se sentó detrás del mostrador. Como era su primer día y aún tenía que cogerle el truco al trabajo no se sentó en la silla central, sino en una de las laterales, para observar, aprender, para hacerlo bien.

Sabía que normalmente los últimos en llegar tienen que apechugar con lo que hay y que le iba a tocar reponer los libros devueltos. Reconoció el carrito con los volúmenes para colocar y no le importó levantarse para hacer su trabajo. No preguntó como funcionaba el sistema de fichaje, confiando en que era un método práctico, alfanumérico y sencillo. Remató pronto y volvió a sentarse. Encontró una caja de cartón con las tarjetas de préstamo extraviadas que algún usuario o usuaria había dejado en el mostrador o en la página 147 del libro que estaba leyendo o tirada en el suelo al salir. Estaban ordenadas alfabéticamente, lo que le pareció tranquilizador; no resistió a la tentación de buscar la suya, bien sabiendo que nunca había tenido una. Como en los días siguientes no se había personado nadie reclamando una tarjeta cogió la de una persona que tenía un apellido muy similar al suyo y con pocas correcciones consiguió que pareciese la suya

desde siempre. El mayor problema fue la foto, en casa no tenía ninguna y ciertamente nadie se la iba a sacar en aquellos días de soledad. Volvió a las tarjetas extraviadas y las examinó para encontrarse, o sea, para encontrar una foto de alguien que se le asemejase un poco. Quedó satisfecho con la de un muchacho que aparentaba unos diez años menos que él, con los ojos más claros y el pelo más largo, casi una melena que él decidió que no le quedaba tan mal. Tijeras, pegamento y ya tenía su primera tarjeta de préstamo de la biblioteca. La observó con satisfacción durante un instante, hasta decidir estrenarla. Cogería un libro para leer durante las pausas y en los paseos posmeridianos, qué caray. Cogería una novela, nada de ciencias, nada de poesía, una novela entretenida pero con fundamento, que diga algo, no de las que se compran en los quioscos y se leen en la playa, una novela de verdad, que fuese de intriga, de guerra, de amor o de extraterrestres le daba exactamente igual, sólo buscaba algo con sentido, con idea, con fundamento, ya lo dijimos.

Buscó en los estantes, brincando entre los de literatura nacional y universal. Se dejaba guiar por los títulos de los que ya había leído en el pasado, con la esperanza de que sus vecinos de estante también tuviesen un título atractivo. Decidió no abrirlos hasta estar seguro de su elección; siempre le parecieron un poco maleducados los que en las librerías espiaban en las primeras páginas dos libros antes de comprarlos. ¿Hacían lo mismo con la comida del súper? ¿Chupaban los quesos hasta encontrar uno de su agrado? Bah, él escogería el libro con su criterio y ya está. Nacional, extranjero, universal, nobel, premio local, clásico, contemporáneo. Se tomó toda la pausa para buscar su novela y al final la encontró: se acercaba a sus gustos, incluso si fuese una película sería de sus preferidas, pero con la ventaja de que aún nadie la había rodado y seguro que ya nadie... vaya, no quería pensar en eso. Cogió el libro y apreció satisfecho que no estaba nuevo del todo y que tampoco estaba destrozado por el uso excesivo: eso significaba que no se trataba de un beséler que le gusta sospechosamente a todo el mundo ni era una obra intelectual para cuatro cerebros densos. Era el libro ideal para él.

Todavía de pie, delante del estante en donde el libro había estado aguardando por él todo ese tiempo, lo abrió.

Dentro sólo había asombro. Un gran montón infinito de asombro enorme. Dentro de él, no dentro del libro, porque dentro del libro no había nada. Nada. La nada. Páginas

blancas del todo, intonsas, sin marcas, sin letras, sin sentido. Pensó en un error mayúsculo de imprenta, pero le pareció demasiada puntería por su parte dar justo con el libro que contenía semejante falta y además el volumen estaba usado y por lo tanto era muy extraño que a ninguna de las personas que lo habían llevado se le hubiese ocurrido comentar a los dependientes de la biblioteca un hecho tan insólito y a la vez tan fundamental en un libro, ya, eso es: un libro puede no gustar, por el tema, por la forma de relatar, por tener los márgenes demasiado pequeños, o una portada poco atractiva, incluso podría no tener portada, haberla perdido en una reyerta de feria de libros de segunda mano, pero texto sí, texto *tiene* que tener, si no no es libro, porque el libro es lo que se pone alrededor de un texto, así que alguien tenía que haber avisado al bibliotecario para que lo retirase. Pensó todo eso en un segundo, más que pensarlo lo sintió por dentro, todo junto, de repente, por detrás del asombro. Cogió otro libro y otro y otro. En todos la misma historia de vacío y silencio escrito. Subió a la segunda planta y examinó al azar algunos libros de ciencias pero nada, ya no había nada. Se topó con el mismo blanco también entre las páginas de la hemeroteca.

Agarrado a una estantería, con los ojos bajos, empezó a coger libros y a abrirlas famélico para encontrar algo y borrar de vez aquella sensación tan odiosa de soledad que se le estaba incrustando por dentro y notó como las lágrimas se le asomaban por los ojos. Empezó a sacudir la estantería con rabia creciente. Los libros caían al suelo cada uno en la posición que quería, algunos quedaban cerca de la base del mueble, de espaldas contra el suelo enseñando la blancura de su interior, otro quedaba boca arriba con la portada a la vista mintiendo sus historias perdidas, otros más se deslizaban lejos, cerrados pechados y tozudos. Cuando el estante quedó vacío él ya estaba gritando, con todo el coraje que tenía en la garganta y más abajo, donde está el estómago y el alma. Pasó al siguiente mueble y continuó sacudiendo y sementando libros inútiles por el suelo del primero andar de la biblioteca de la ciudad, gritando sin saber ya por qué lo hacía, sabiendo, en cambio, que ya no era porque los libros estaban en blanco. Gritaba y poco a poco notó como empezaba a sentirse mejor, sólo que todavía no era el momento de parar.

Más tarde se agachó y sollozó bajito. Tenía la sospecha de que estaba llorando por si mismo, por lo que le había pasado y tal vez también por todos los demás y por lo que le había quedado sin hacer, como suelto, por lo que no hizo y que ahora sabía que no iba a recuperar.

Marchó de allí sin mirar atrás, como quien queda ofendido, decepcionado, traicionado. Todo lo que había hecho, las profesiones de los últimos tiempos, lo que había

aprendido, todo eso era cierto, era de verdad, sus esfuerzos para formarse y hacer bien eran de verdad, pero eso no. Lo demás se podía tocar oír oler. Al igual que la gente, los libros, las historias y el saber se habían marchado, lo habían dejado ahí. Solo.

Se esmeró para volver a ser lo que era, el de siempre. Salió a la procura de otro empleo para no pensar, como quien pasa las noches buscando ligueros para olvidar que está namorado. Antes que un trabajo encontró un banco y allí quedó dormido hasta el día siguiente, y al levantarse decidió no recordar lo ocurrido en la biblioteca y se puso en marcha. No anduvo mucho, la verdad, porque a los pocos metros se topó con un remedio fácil a su dolor, una gasolinera, su nuevo hogar profesional: iba a empezar de nuevo, sería dependiente de una gasolinera. Por primera vez tuvo una sensación pequeña, como un murmurio detrás de la conciencia, que casi seguro no tendría clientes pero ya estaba decidido y se metió manos a la obra.

Lo primero fue revolucionar la oficina y la pequeña tienda de artículos para el coche anexa a la gasolinera, tarea que le empeñó durante unos cuantos días. Levantó pirámides formidables de latas de aceites y líquidos anticongelantes, alimentándose, durante las pausas, con barritas de chocolate con caducidades verdaderamente sorprendentes. Como no llegaba nadie, decidió obsequiar a los potenciales clientes con limpiaparabrisas nuevos. Cogió unos cuantos de la tienda y se fue por las calles sin considerar, hay que decirlo todo, la compatibilidad entre las piezas que regalaba y los modelos de coche que las recibían, pero un regalo es un regalo y seguro que no iba a haber quejas. Eso fue lo que lo acercó otra vez al mundo de los automóviles, hasta que un día estuvo listo para volver a conducir, otra vez, sin rumbo, cambiando de modelo según le apeteciese, pero siempre sin salir de la ciudad; pasó bastante tiempo antes de que se atreviera a hacerlo.

Se animó a cambiar de zona al final de la primavera siguiente, más de un año después del principio de todo. Ya no pensaba en Óscar ni en la chica del bar; ya no recordaba la vida de antes. Pasaba los días moviéndose mucho a pie, desde que el último coche le había dejado tirado, y hablaba, hablaba sin descanso evitando hacer preguntas, porque entonces es cuando hay que callar y aguardar a que alguien te conteste y él no tenía tiempo que perder.

Un día se dejó arrastrar por sus piernas hasta el puerto y tuvo una inspiración. Volvió de prisa a casa, a la que hacía tiempo que no regresaba, como quien hace lo que

sabe que hay que hacer y que hay que hacerlo ya. Buscó en los armarios hasta dar con su mochila para la montaña. Cogió algo de ropa y botas, cogió un par de cubiertos en la cocina y su navaja multiuso de un cajón. Fue al súper y llenó el carrito antes y la mochila después con latas de conservas, chuches con caducidades futuristas y más géneros alimenticios de larga duración. Arrampló también con un par de *packs* de botellas de agua y algún refresco. Salió del súper empujando el carrito con la mochila dentro sin dejar de sonreír, hasta el muelle onde se preparó para embarcar. Pensó en coger una lancha y hacerse lobo de mar con jersey de cuello alto y rostro quemado por el sol y la sal, mas pensó que no iba a encontrar en buen estado nada por el estilo, exactamente como habían fallado todos los coches en los últimos tiempos.

La solución: la tradición.

Se había fijado en un barquito amarrado entre lanchas, humilde entre ricos y con los remos aún dentro, y que sería la herramienta para su escapada. Colocó la mochila y las botellas en el cuenco de madera a la que estaba a punto de confiar su existencia, ahora con calma, porque sabía que ciertas cosas necesitan cálculo, de los espacios, de los pesos, de los esfuerzos. Subió y aferró los remos, organizándose para los pasos siguientes. No iba navegar mar adentro, sino que seguiría la línea de costa hasta encontrar el acceso a algún pueblo que le pudiese gustar teniendo así, además, la posibilidad de parar en caso de mal tiempo o de agotamiento. Repasó mentalmente la geografía de su tierra, ya que dudaba que encontraría a alguien para preguntar la ruta.

Con aquella idea todavía a medio articular, paró en seco: nunca lo había pensado, que tal vez, por lo menos, encontraría al *último*, al *único* de otro sitio, alguien como él que vivía solo en el pueblo que ahora era su próximo objetivo.

Se obligó a no precipitar sus actos y a ser cauteloso.

Todo estaba listo, miró por última vez cara a tierra y se lanzó a la mar.

El agua en calma recibía los golpes de los remos y le dejaba resbalar suavemente, dejando una herida que se iba agrandando detrás de la diminuta embarcación. Paraba a descansar y aprovechaba para comer o dormir durante los cuatro días en los que estuvo navegando.

Cuando llegó, tiró en seco la barca y se colocó la mochila sobre los hombros, seguía pesando mucho y ahora tocaba seguir a pie. Penetró entre las callejuelas que desde el puerto pesquero llevaban a las primeras casas y de ahí al corazón del pueblo. Lo cruzó entero con el paso de quien sabe adónde va, hasta el final de la zona construida, donde únicamente quedaban unas cuantas casas sueltas y las huertas ya sin cultivar y

sólo había hierbas. La casa que eligió era de dos pisos con un jardín delante que tenía que estar muy cuidado; aún se reconocían algunas plantas de rosas en una esquina; tenía también un pozo –puede que sólo decorativo– que ahora se intuía por debajo de la maleza. La puerta estaba abierta. Entró seguro y buscó la cocina, donde quería organizar sus cosas, pero el tufo a putrefacción le impulsó a cambiar de idea. Lo que estaba en la nevera tenía que estar podre desde hacía tiempo. Decidió volver más tarde en búsqueda de conservas. Dejó la mochila en el cuarto de estar y se tumbó en el sofá.

Se volvió a incorporar muchas horas después y decidió ir a registrar la casa. Enseguida encontró información que le podía interesar, las fotos de los que se suponía habían sido los dueños de la casa y de sus familiares. Había fotos de niños, muchas fotos de un niño y una niña por toda la casa, jugando, vestidos de indios, pequeños y desnudos, con el traje de baño, una colección entera de recuerdos, momentos felices y inmóviles en la casa de alguien que mucho tenía que querer a esos pequeños. ¿Abuelos? Abuelos. En uno de los dormitorios los encontró en un par de fotos, dos viejos felices. Cerca estaba también la de una joven mujer rubia que aparentaba ser la hija de los alegres viejos y madre de las criaturas. Había fotos de ella, sola, con gente, con un hombre mirándola y que él ahora cree que es el padre de los pequeños. Únicamente aparecía en esa foto. La observó y luego la dejó tumbada encima de la cómoda.

Siguió inspeccionando la casa y encontró el estudio: estaba a oscuras y olía a cerrado, a aire viejo y polvo. Lo atravesó con los brazos extendidos para evitar algún golpe hasta llegar a la ventana; la abrió y empujó la contra de madera, dejando entrar la luz del día aún muy vivo. Se dio la vuelta para mirar a su alrededor.

Allí la vio. Una máquina de escribir, de las antiguas, con sus espacios entre las letras, la pesada carcasa metálica y el carrito de cinta. Le pareció un milagro, una señal, como se la barca de remos le hubiese traído directamente hasta la antigua máquina de escribir. La acarició y decidió llevarla para la sala.

Y utilizarla.

Estaba lista, tenía papel y la cinta funcionaba. Se sentía satisfecho como quien llega por fin a casa. Iba a escribir algo importante, igual no hermoso, de acuerdo, que tampoco tenía él mucha costumbre, pero sí algo importante, universal. Lo haría. La

máquina estaba en mesa de centro del salón y él delante de ella en el sofá buscando la posición más adecuada para su propósito de dejar su legado escrito para la gente del mundo, en el caso de que volviese.

Lo primero que se le ocurrió fue escribir su biografía, su propia historia individual, relatando lo que le había pasado desde que todos se fueron, hablando de su soledad, del autobús y de las profesiones, de cuando aprendió a ser todo el mundo, pero luego decidió que no sería divertido, que había pasado algunos momentos tristes y que seguro que las anécdotas que a él le hicieron gracia en su momento ya no tendrían el mismo efecto. Así que tendría que pensar en otra cosa. Tampoco encontraba la posición correcta. Era un sofá cómodo, eso sí, pero no para escribir con una máquina de escribir. ¿Qué podría hacer entonces? ¿Dónde escribiría? ¿En qué posición? Y, sobre todo, ¿qué escribir?

Buscaba una solución y en su lugar encontró una foto. ¡Las fotos, claro! Escribiría la historia de esa gente, los dueños de la casa. Podría estudiar bien todas esas imágenes para sacar las informaciones generales sobre la edad y quizás también sobre el carácter de esas personas tan felices. Luego buscaría también entre los recuerdos de familia y los álbumes con más fotos. Seguro que tenían más. Lo reconstruiría todo.

Pero igual descubría también algo negativo, quizás una separación dolorosa, tal vez el hombre que había visto no fue un buen padre y se portó mal con la mujer, que acabó dejándolo. Podría ser, pero él lo escribiría sólo si estuviese seguro de que eso fue lo que pasó en realidad, si fuese capaz de deducir las informaciones de las fotos. Y solamente había un lugar para hacerlo: el estudio. Agarró la máquina y la llevó de vuelta para allá. La dejó encima del escritorio y volvió a comprobar que seguía funcionando. Se puso cómodo y acercó las manos a las teclas, pero paró en seco. Estaba bloqueado. Claro, culpa del entusiasmo: estaba a punto de empezar sin tener ni una sola información siquiera. Vaya despiste.

Pero al levantarse percibió que lo que tenía que escribir no era una historia todavía por investigar, por descubrir, sino algo distinto, lo que él ya sabía, su saber, su sabiduría, el legado de su cultura para los que volviesen o llegasen o surgiesen o lo que fuera. Volvió a la mesa, a la máquina y se puso a teclear con calma y solemnidad, a modo de título, en mayúscula en el centro de la primera línea de la hoja:

POR SI VUELVEN.

Inmediatamente un profundo sosiego le invadió y se dio cuenta de lo tenso que había estado durante todo ese tiempo. Ya está, acababa de empezar y quería hacerlo

bien, hacer algo importante para que la gente, si volviese, supiera lo que había acontecido antes, en el pasado, hasta él. Sería un testimonio de la grandeza de todo lo que la humanidad supo hacer, decir, pensar.

Un legado, sí, y él era el testigo único de todo aquello, de la historia humana.

Tenía que tomárselo con calma y hacerlo de la forma correcta, tomar inspiración, reflexionar, y recordar. Salió del estudio, de la casa, y empezó a pasear alrededor de ella, lento, recordando, eligiendo, poniendo orden, organizando, jerarquizando esto y aquello. Caminó, para hacerlo bien.

Pisó el césped que nadie cortaba desde hacía tiempo, pasando delante del garaje entreabierto. Vio algo que le llamó la atención y empujó con fuerza la puerta metálica ya a medio cubrir por la hiedra. Dentro estaba lo que él, sin saberlo siquiera, estaba buscando: una bicicleta. Seguía en buen estado de conservación pese a todo ese tiempo atrapada en el sedentarismo. Su dueño fue sin duda cuidadoso ya que todas las partes móviles tenían una capa de grasa que las protegía de la suciedad y la pereza. La cogió con una expresión de conmoción en la cara; soltó un *gracias* y sintió que de algún modo había un orden preciso guiando sus actos, había un criterio, una relación entre los últimos instrumentos que había encontrado, la barca, la máquina de escribir y ahora la bici. Herramientas de otra época, *antropológicas*, pensó en voz baja.

Tuvo que ajustar la altura del asiento, pero por todo lo demás parecía su bici desde siempre. Empezó a pedalear por el pueblo con ligereza, reconociendo que llevaba tiempo sin hacer algo con verdadera espontaneidad, sin tener que reflexionar, enjaular las sensaciones en pensamientos u ordenarlas, cubrirlas de planes y tareas, con un *luego* para acallar el *ahora*. Pedalear, sin más. Ni más ni menos. Todo era nuevo, el ambiente como las emociones, desconocidas, sorprendentes. Algo dentro encontró o su sitio, como cuando haces un movimiento imprevisto y oyes un *clac* entre las vértebras y sientes que estás mejor. Pisó sobre los pedales, para sentir el aire en la cara y más paz por dentro. Decidió que ése iba ser su instrumento príncipe en la búsqueda del tema sobre el que vertería su obra. Pedaleaba cavilando en lo que tenía que escribir, en lo que tenía la obligación de salvar del olvido, él, la última persona en el mundo, un hombre y una bici para tanta responsabilidad.

«Por si vuelven» iba ser la obra maestra de la humanidad, obra de toda una vida, pero no sólo suya, iba a ser la obra de la existencia de todas y todos los que pusieron pie en la tierra. Obra de toda *la* vida. También pensó que en el caso en que los que llegasen en un futuro no fuesen humanos, sino criaturas de otros planetas, iba a aprovechar para que la gente a la que pertenece —a la que pertenecía—, quedase bien, que no hacía falta contar las destrucciones y las miserias del pasado: los extraterrestres se llevarían una buena impresión. Del mismo modo, si volviesen los humanos, pero no los de antes, sino nuevos humanos, no iba él a darles ideas hablando de guerras, que ya está bien con las que hubo. Lo tenía claro, nada de malos recuerdos: iba a escribir todo lo bueno y hermoso que su raza había inventado, producido, imaginado, escrito, pintado y demás.

Nada de invenciones fantásticas de cosecha propia, sería como estafar, hacer

trampa, y además él no tenía imaginación, como mucho omitiría algo, eso sí, reuniría toda la verdad más hermosa sobre sus compatriotas, humanos como él. Se sentía ecuménico mientras aceleraba sobre su bici que corría por los callejones desiertos del pueblo. De repente, igual por efecto de la aceleración, tuvo una idea, la primera de las hazañas que debería de escribir: se irguió sobre los pedales y gritó: *¡La Luna! Escribiré sobre la luna y los viajes espaciales. ¡La conquista del espacio exteriorooooor!* Torció por una de las calles que bajaban al muelle, cogió velocidad y disfrutó del aire que le golpeaba la cara con intensidad creciente. Pensó en la aceleración que tenían que soportar los astronautas al despegar el cohete o misil o nave espacial con la que iban a cruzar el susodicho espacio sideral. Se preguntó si estaría bien empleada la palabra *sideral*. Al puerto llegó contento, pero el entusiasmo le duró poco, porque realizó que si al final los que vienen son alienígenas, que llegarían a la tierra cruzando galaxias y un trillón de años luz, desde el último rincón del universo, al leer que la humanidad se había dado un paseito por el barrio igual les daba la risa. No, no escribiría eso, pero no se desanimó, ya que no son pocas las cosas hermosas que se pueden contar sobre a humanidad, repetía a si mismo.

Se sentó en el muelle y meditó, dándole vueltas al asunto de la luna. Le daba un poco de pena tener que renunciar a escribir sobre eso, pero qué más da, cosas bonitas hay tantas como gotas en el mar. *El mar, claro, ¡el mar!* Pero qué exactamente: algo relacionado con el mar y que fuese a la vez universal, que resumiese el ingenio humano. Levó una mano a la cabeza: *El descubrimiento de América*. Perfecto. Fue un despiste, bien lo sabía, que Colón quería llegar a otro lado, pero no se trata de escribir sobre la suerte, sino sobre lo nobles y hermosos que los humanos saben –sabían– llegar a ser. Además un tipo que nació en Génova, que tiene que estar por Suíza, que vivió en Portugal y en España y que después viajó a América es todo un ejemplo de universalidad, un cosmopolita, vamos, que encarna la diversidad en lo humano. Como él ahora: un embajador del planeta. Bien, iba a escribir la historia y las hazañas de Cristobal Colón, empezaría por allí. *Pero espera un momento, no*. Como quien recibe una bofetada se percató de que esa historia también hablaba de la masacre dos indios, de la conquista feroz, de la explotación, de la esclavitud, de enfermedades, y de que tal vez descubrir a los americanos tampoco fue una idea excelente, que después inventaron el *Far West* y la gente moría de un tiro por cualquier cosa. *Déjate de tonterías y busca algo bueno de verdad*.

Se subió a la bici un poco decepcionado porque no imaginaba que le iba a ser tan complicado encontrar un tema bonito que no tuviese consecuencias tan desastrosas. Pedaleaba sin prisa otra vez cara al centro del pueblo barajando posibilidades para darle

vida a su proyecto que le seguía pareciendo muy interesante, además de una precisa responsabilidad como persona y como humano.

Pasó delante de una farmacia y paró un segundo para descansar y coger algo que pudiera ser de alguna utilidad en casa, como tiritas, vendas, desinfectante... fue entonces cuando tuvo otra intuición, pero ante la duda quedó inmóvil en el medio de la farmacia con la mirada vacía, rascándose el mentón durante unos minutos, buscando la maldad escondida entre los medicamentos. Levantó a cabeza con una sonrisa y fue detrás del mostrador para coger lo que necesitaba y también conseguir inspiración, algún objeto que lo guiase a redactar el primer capítulo de la primera sección y, quién sabe, igual también del primer tomo de su obra. Pastillas contra el dolor de garganta, son útiles, de acuerdo, pero no era lo que andaba buscando. Luego recordó una clase de ciencias de cuando era niño y le vino la palabra: *Pe-ni-ci-li-na, ¡la penicilina!*

Pues claro, sería como hablar de la ciencia farmacéutica, desde la perspectiva de la curiosidad de un hombre, *¿como se llamaba?* Vale, también fue suerte, pero es un icono del ingenio, capacidad y tenacidad del ser humano en seguir adelante pese a los fracasos. El ejemplo perfecto. Cuánta poética en la figura del químico que no teme enfrentarse a la comunidad científica para salvar vidas. Ahora también, claro, es lo mismo con más formación y laboratorios más grandes, modernos, con máquinas, aparatos, herramientas y animales para las pruebas... *Los animales, es verdad.* No todos los laboratorios, de acuerdo, pero es algo que sigue pasando, bueno, pasaba antes de que se fueran todos, antes de que le dejaran solo. Nadie les ha preguntado a las cobayas si quieren participar en el proceso de salvación de la humanidad, si de verdad les interesa a monos y conejos ser parte de la comunidad científica. Había leído en alguna revista sobre verdaderas atrocidades, experimentos espeluznantes con productos químicos, electricidad, choques... todo tipo de aberraciones sobre criaturas indefensas únicamente para comprobar una teoría o testar una barra de labios... para mejorar nuestra vida, es cierto, pero ¿a qué precio?

No, eso tampoco le valía, no era el argumento adecuado para su proyecto. Volvió a la casa y fue a la sala de estar, tratando de no cruzar la mirada con la hoja blanca a medio enroscar en su máquina de escribir. Se sentó en el sofá con la cabeza entre las manos, dejándose llevar por un largo llanto. Luego se durmió.

Había pasado otro par de meses y aún nada, no conseguía hallar un tema que fuese adecuado, que no tuviese una segunda cara, una sombra; estaba decidido a

encontrar algo puro, humano y a la vez divino, capaz de representar su estirpe a la que a veces echaba tanto de menos. En cambio llegó a estar muy en forma con la bici, que él mantenía en orden como si fuese suya, bueno, que ya era suya y con la que volaba por el pueblo a velocidades de miedo, gritando sus intuiciones y frenando bruscamente cada vez que se desvanecían, que caían por su propio peso, por inadecuadas.

Pensó en las ciencias naturales y en las teorías de la evolución que desgraciadamente tenían el defecto de prestarse a interpretaciones racistas; luego se dio cuenta de que en este tipo de ciencias la humanidad, lo que se dice *hacer*, no hizo mucho: se han desvelado misterios y escrito importantes teorías, es cierto, pero al fin y al cabo se han descrito hechos reales, ya existentes en la naturaleza, de fenómenos que ya estaban, algo de antes, algo que le pertenece al mundo más que a los humanos. Algo que nunca nos ha necesitado para existir. Las dejó estar, las ciencias naturales.

Pensó en la artesanía, hermosa en las formas, hija del trabajo y la creatividad, puente supremo entre la tradición y la innovación, entre lo práctico y lo estético. También es cierto que él no sabía mucho del tema y que tampoco era quien de hacer nada con las manos y así que otra idea para descartar.

De las religiones mejor ni hablar, que recaudaron más muertos que la Muerte, entre persecuciones, martirios, suicidios en masa, inquisiciones, guerras santas de todo tipo, vaya desastre, una lista larga un calvario.

¿Y la política? ¿Eh? ¿Qué tal eso? La participación colectiva, el bien común, pero también jerarquías, capitalismo, castas, explotación, consumismo, neoliberalismo, los ricos para arriba y los pobres para abajo, otra faena, vaya. Entonces el deporte. Qué bonito, el natural espíritu competitivo, el afán de superación, el desafío que eleva el alma; sí, y luego los hinchas, los ultras, las peleas, fútbol y más fútbol en la tele, luego las olimpiadas, el *Tour*, el *Giro* y la Vuelta a España, qué aburrido, el triunfo de la publicidad y un montón de gente sudando en la tele. Ya está, desechado. Pues entonces la tele, la comunicación directa, unidireccional, vale, ya, eso sí, pero masiva, para todos, la tele... ¿eh? No, mejor no, casi peor que la religión.

Cavilaba y pedaleaba, arriba y abajo, del muelle al monte y vuelta. Nunca salía del pueblo porque sentía que allí estaba el núcleo de la cuestión, el centro de toda inspiración; nunca su cerebro había trabajado tanto, en la vida se había concentrado de esa forma. Estaba seguro de que iba a salir algo valioso, hermoso, universal, pues sí, para todo el universo, ya que los que iban a volver bien podían ser alienígenas. ¡Chupad esa escritores de *best sellers*! Allá ellos con sus cuatro banalidades y sus millones de ejemplares vendidos a humanos aburridos; él escribiría su homenaje a la humanidad en

copia única, A4, mecanografiada en papel encontrado en esa casa y en una sola cara; no estaría a la venta y sin embargo sería lectura obligatoria en las escuelas de más allá de Plutón. Toma. Era soberbia, lo sabía, pero un defecto se perdona a cualquiera.

¿Y la literatura? La literatura universal, sin tiempo ni espacio. Podría funcionar. A ver. Shakespeare no, que no lo había leído y si al final volvían los humanos y tenían algo de memoria ya se darían cuenta de la estafa. ¡Que vergüenza! La *Ilíada* entonces, un armatoste del que leyera algún párrafo en el instituto y lo demás en resumen; un libro escrito por un pueblo entero y en épocas distintas, ¡perfecto! Se agarró al freno de la bici. Tampoco le valía: trataba de la guerra y lo mejor sería no dar ideas.

La *Divina Comedia*, entonces, que habla de un tipo italiano que se pierde en un bosque y se topa con un fulano muerto muchos siglos antes de que él naciera y que el, no se sabe bien cómo, conocía perfectamente y que lo acompaña por el Infierno-Purgatorio-Paraíso para reunirse con la chica que le gusta. Pero ¿cómo hablar de eso sin explicar la religión? De Milton a Dan Brown, todo lo mismo.

¿El *Principito*?. No hace daño a nadie, fantasioso de más pero buena gente, aunque... *hola niño, qué dibujo más hermoso, ¿qué es?* –otro frenazo–, a qué raza de niño se le ocurre dibujar un sombrero que al final no es un sombrero, sino una serpiente digiriendo un elefante, pero ¿qué clase de niño es ese? ¿Qué dices chaval? Que la nova humanidad olvidase el Principito ese de las narices. Los rusos estaban bien, pero quizás demasiado intimistas, tienen espíritus muy grandes y extraordinariamente proclives a afondar en el corazón de lo humano y hay cosas que es mejor dejar estar. Las grandes tragedias y epopeyas del pasado... y venga con las tragedias. Sólo de leerlas allá van las gana de formar la nueva humanidad...

Un par de frenazos más y la literatura había dejado de ser buena idea.

Al cabo del año siguiente ya estaba hecho un perfecto deportista aunque con la cara un poco chupada de tanto concentrarse y la mirada cansada. Había dejado de echar en falta a los demás, los suyos del pasado, y vivía obsesionado con los suyos del futuro.

Cambió la hoja de la máquina cuando su blancura había empezado ya a degenerar en un amarillo algo tristón, le volvió a escribir el título en la primera línea y seguía pasando las horas sentado en el escritorio o en la bici –con la diferencia que en la bici quizás sudaba menos–, hasta el punto que su espalda se le había empezado a encorvar hacia delante persiguiendo el manubrio, las teclas de la máquina y las buenas ideas.

Cuando se le ocurrió que podía hablar de la música vivió una época de gloria. Desde el principio sabía que acabaría descartándolo por falta de conocimientos que no fuesen específicos, ya que únicamente escuchaba –había escuchado– el rock de los setenta y que, aunque libre de imperfecciones, es un poco restrictivo, y sabía que de otra cosa no podía relatar. Aún así se decantó por engañarse durante un tiempo en el que se olvidó del freno y de la decepción con la que lo tenía ya relacionado, y voló por el pueblo gritando los mejores solos de guitarra de la historia de la humanidad silabando en *ta-ta-ta* cuesta arriba y en un más relajado *na-na-na* cuesta abajo las melodías más hermosas que el oído humano jamás escuchó y que morirían con él. Casi seguro, a no ser que la nueva humanidad volviese a repetir exactamente los mismos pasos de la anterior, invalidando así todos sus esfuerzos.

Fue una época feliz, que él consideró como una vacación de su propósito; cuando decidió que ya estaba bien de punteo de guitarra vocal, dio el más melancólico de sus frenazos.

En las épocas siguientes se obsesionó de tal forma que antes de abandonar una idea, le daba vueltas una caterva de veces, durante meses, incluso años. Como un horóscopo chino, tenía épocas a las que a veces volvía: pasó por la temporada del origami, que le pareció demasiado introvertido, del amor y del sexo, de la industria del transporte, del arte, descartado porque atado a los gustos personales, lejos de la universalidad que él buscaba; la cocina y la gordura, la moda y la futilidad.

Todo, absolutamente todo parecía tener una mitad oscura. En los años siguientes barajó el juego y el vicio, los viajes y la nostalgia... –tenía que encontrar algo puro, *algo así existirá*, se repetía–, la nieve y el frío, la playa y la sal que pica los ojos, los abuelos y el día que se mueren, la niñez y su fin, el primer beso y la vergüenza, la madurez y las

arrugas, la sabiduría y más arrugas y el dolor de riñones; incluso el agua se refleja en la sed.

Cuando murió no tenía nada que escribir.